

Doctrina social de la iglesia y la pastoral del mundo del trabajo



Por Mons. Héctor Fabio Henao G.
Director Secretariado Nacional de Pastoral Social –SNPS–

¿Por qué hablar de una pastoral del mundo del trabajo?

Podemos decir, sin temor a equivocarnos que en el surgimiento y en el corazón de la Doctrina Social de la Iglesia se encuentra una profunda preocupación por el mundo del trabajo.

Hoy es difícil imaginarse las condiciones de precariedad en las que vivían los trabajadores a finales del siglo XIX cuando el mundo capitalista se desarrollaba sobre una mentalidad de explotación de la capacidad humana de trabajar. Fueron esas duras condiciones que acabaron con la vida de millones de personas las que llevaron al Papa León XIII a lanzar la primera encíclica social “*Rerum Novarum*” en la cual se enfatizaba en la urgente necesidad de brindar condiciones de dignidad para los trabajadores. Esta inspiración del Papa vino animada por la escucha de movimientos sociales católicos muy fuertes que levantaron su voz a favor de los trabajadores y que comenzaron a lanzar las primeras líneas de lo que hoy llamamos la pastoral del mundo del trabajo. Eran verdaderamen-

te muy audaces las acciones de quienes pensaron en las Semanas Sociales y otros ejercicios que había que responder de manera adecuada a la condición de quienes sufrían la dura condición de asalariados en las nacientes empresas.

Durante el siglo XX varios papas se refirieron al tema con aproximaciones muy iluminadoras, pero fue el Beato Papa Juan Pablo II quien con mucha claridad supo definir las raíces de esta preocupación de la Iglesia por el mundo del trabajo. En la Carta Encíclica *Laborem Excersens* subraya la razón profundamente bíblica por la cual la Iglesia está convencida de que el trabajo es una dimensión central de la existencia humana, la Iglesia haya en las primeras páginas del libro del Génesis la fuente de su convicción según la cual el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra. “El hombre es la imagen de Dios, entre otros motivos por el mandato recibido de su Creador de someter y dominar la tierra.

En la realización de este mandato, el hombre, todo ser humano,

refleja la acción misma del creador del Universo” (L.E. 4).

La profundidad con la cual el Papa precisa la razón de ser de la preocupación por el mundo del trabajo nos remite al hecho de que el ser humano ejerce su dignidad en la medida en que puede desplegar sus potencialidades y hacerse colaborador con la obra del Creador por medio del trabajo. Más adelante el Papa subrayará que Jesucristo es modelo del trabajador en la medida en que Jesucristo “no solamente lo anunciaba, sino que cumplía con el trabajo del ‘evangelio’ confiado a Él, la palabra de la Sabiduría eterna” (L.E. 26).

En estos dos textos de *Laborem Excersens*, uno al inicio y otro al final de la Encíclica, se encuentran las motivaciones fundamentales para la pastoral del mundo del trabajo.

Indudablemente que el acompañamiento pastoral de las gentes del mundo del trabajo no fue algo que se inventó en el siglo XIX y se perfeccionó a lo largo del tiempo.

La historia de la Iglesia nos muestra innumerables ejemplos

de grandes hombres y mujeres que entregaron su vida al servicio de los trabajadores y de aquellos que no tenían acceso a ese mundo. El Papa Francisco nos acaba de recordar en su primera Exhortación Apostólica que la Iglesia, ella misma, cumple y ha cumplido una labor a lo largo de los siglos que, como todo trabajo, conlleva sudor y fatiga, que es bendición y es esfuerzo, camino de santificación tarea que se encomienda al ser humano, de tal manera que desconocerlo es negar la historia: “Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es «sudor de nuestra frente»” (Evangelii Gaudium 96).

El Papa Benedicto XVI recordaba esa dimensión profunda del trabajo humano, que conlleva sudor y esfuerzo pero que tiene sentido porque es participación en la obra de la Creación: “Es propio de todo trabajo visto como «*actus personae*» y por eso es bueno que todo trabajador tenga la posibilidad de dar la propia aportación a su labor, de modo que él mismo «sea consciente de que está trabajando en algo propio». Por eso, Pablo VI enseñaba que «todo trabajador es un creador” (Caritas in Veritate 41). En esta línea la pastoral del mundo del trabajo le apuesta al reconocimiento y respeto por el trabajo humano, es una llamada permanente a que trabajadores en equipos de oración y acción pastoral identifiquen la misión que se les ha encomendado en medio de las fatigas que conlleva el ejercicio de su labor. Es un llamado a vivir en la familia el resultado y fruto de sus esfuerzos.

Llama mucho la atención de que las grandes metas, los ideales a los que apunta la Doctrina Social de la Iglesia han ido adquiriendo nuevas expresiones para manifestar la necesidad de que el trabajo permita a cada persona vivir plenamente su dignidad. En la Carta *Caritas in Veritate* se señala el gran desafío de nuestra sociedad cuando hablamos del mundo del trabajo:

Al considerar los problemas del desarrollo, se ha de resaltar la relación entre *pobreza y desocupación*. Los pobres son en muchos casos el resultado de la *violación de la dignidad del trabajo humano*, bien porque se limitan sus posi-

bilidades (desocupación, subocupación), bien porque se devalúan «los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia» [143]. Por esto, ya el 1 de mayo de 2000, mi predecesor Juan Pablo II, de venerada memoria, con ocasión del Jubileo de los Trabajadores, lanzó un llamamiento para «una coalición mundial a favor del trabajo decente»[144], alentando la estrategia de la Organización Internacional del Trabajo. De esta manera, daba un fuerte apoyo moral a este objetivo, como aspiración de las familias en todos los países del mundo. Pero ¿qué significa la palabra «decente» aplicada al trabajo? Significa un trabajo que, en cualquier sociedad, sea expresión de la dignidad esencial de todo hombre o mujer: un trabajo libremente elegido, que asocie efectivamente a los trabajadores, hombres y mujeres, al desarrollo de su comunidad; un trabajo que, de este modo, haga que los trabajadores sean respetados, evitando toda discriminación; un trabajo que permita satisfacer las necesidades de las familias y escolarizar a los hijos sin que se vean obligados a trabajar; un trabajo que consienta a los trabajadores organizarse libremente y hacer oír su voz; un trabajo que deje espacio para reencontrarse adecuadamente con las propias raíces en el ámbito personal, familiar y espiritual; un trabajo que asegure una condición digna a los trabajadores que llegan a la jubilación (Caritas in Veritate, 63).

La pastoral del mundo del trabajo, entonces, tiene una tarea social de gran impacto, comprometerse en esa gran alianza para que se creen las condiciones del trabajo decente.

Algunos desafíos de la pastoral del mundo del trabajo

Ante todo conviene enfatizar que se trata de una verdadera acción pastoral y por lo tanto es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Este es su valor fundamental: hacer presente a Jesucristo en el mundo del trabajo, justamente porque Él fue el gran maestro y modelo del trabajador.

Esa labor evangelizadora enfrenta hoy situaciones

de aridez porque justamente en el lugar donde el ser humano está llamado a vivir su condición de partícipe de la obra de la Creación es uno de los ambientes donde más dificultad se tiene para vivir ese don y regalo del Creador. Esto es lo que ha llevado al Papa Francisco a lanzar un gran desafío para la pastoral del mundo del trabajo:

Es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí «el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena» [66]. En otros países, la resistencia violenta al cristianismo obliga a los cristianos a vivir su fe casi a escondidas en el país que aman. Esta es otra forma muy dolorosa de desierto. También la propia familia o el propio lugar de trabajo puede ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero «precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres (Evangelii Gaudium 86).

En la lista de esos espacios de desierto de la sociedad contemporánea el Papa señala el mundo del trabajo, sin dejar de ser consciente del drama que viven los que experimentan otro desierto, el del desempleo, el del no tener acceso a las posibilidades para dar su aporte en la construcción de la sociedad y del mundo, el drama de no poder llevar el sustento a sus familias, y allí también la pastoral del mundo del trabajo también tiene un papel que desempeñar:

Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la pe-

riferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes» (Evangelii Gaudium 53).

En medio de las enormes tareas de esta pastoral que nos debe llevar a ser conscientes de que la dimensión maravillosa que el creador le ha dado al trabajo y de la responsabilidad enorme de cada uno, del camino para que el trabajo digno sea una realidad, de las tareas para que todos tengan trabajo, surge un reto pastoral de enormes dimensiones que solamente la pastoral del trabajo puede cumplir, conservar e irradiar la fe en Jesucristo, el hijo del carpintero, el “hombre del trabajo”, a pesar del desierto que se vive en muchos ambientes donde se debería amar y ejercer con dignidad el trabajo.

